

JORGE LÓPEZ PÁEZ

El nuevo
embajador
y otros cuentos



Ninguna anécdota inocente lo sigue siendo una vez que es relatada por Jorge López Páez. Por su estilo antisolemne y su mirada irónica, inmejorable para develar el sentido oculto de una situación aparentemente insustancial, el crítico José Joaquín Blanco lo ha llamado «un Voltaire en guayabera».

En *El nuevo embajador y otros cuentos* aparecen los temas que han permeado desde el principio la narrativa de López Páez: la infancia, la soledad, la infidelidad y la muerte. Son relatos que reproducen la vida tal como es, con sus casualidades, sus historias trucas y su aparente falta de argumento. Por estas páginas transcurren las existencias de diplomáticos, cantantes de cabaret, escritores, choferes de tranvía, líderes sindicales, estudiantes de derecho: en fin, una suma de lo que ha sido la vida en México durante los últimos cincuenta años.

Siempre con la maestría narrativa y el humor punzante que lo caracterizan, López Páez logra extraer de vidas en apariencia comunes una insospechada gama de experiencias que van de la descripción de lo ridículo a la elaboración de un refinado lirismo.

Índice de contenido

Cubierta

El nuevo embajador y otros cuentos

El viaje a Zacatecas con Rico Caballero

Antes del viaje a Zacatecas con Rico Caballero

El nuevo embajador

Ciudadano del mundo

Sólo quesadillas

Mi gran amigo Fede

Imprevisibles reacciones de familia I

Imprevisibles reacciones de familia II

Países amigos: Chile-México

Madre sólo hay una o El impermeable de papá

Octavio Landeros Pérez

Algún tiempo después

Tía Tota y Totita

The Little Vicious Pervert

Sobre el autor

In memoriam
DONATO RUIZ
1937-1998

Para MANUEL DE EZCURDIA

EL VIAJE A ZACATECAS CON RICO CABALLERO

ESA MAÑANA del lunes me senté a la máquina de escribir con un desgano ante semejante tarea; un artículo de fondo para el suplemento cultural, grande; dos reseñas de libros: unos articulitos con el nombre de asteriscos en los que se trata de cualquier asunto, en el argot: maquinazos. Desde el día anterior me venía la frase de Octavio Paz: «Si me hubiera quedado en México habría tenido que dedicarme a escribir periodismo literario». Es probable que lo cite mal, pero siempre es bueno citarlo, se justifica que uno lo haya leído y de cualquier modo se reviste uno, aunque sean galas ajenas. Además era la purita verdad: estaba dedicado por completo al periodismo literario. ¿Lo había elegido o era víctima de las circunstancias? Yo mismo me sonreí. Era una pregunta más de la mala fe, que no es tan mala porque lo ayuda a uno a vivir. Vivir con la verdad pura enfrente, como espejo veneciano. No creo que nadie pudiera soportar tamaña imagen.

Las dos primeras cuartillas me costaron un chingo. Anotaré la manida, pero justa frase: «Con el sudor de mi frente»; y me quedo corto: todo mi cuerpo estaba humedecido, consecuencia lógica: una sed insoportable. ¿Qué pediría primero en la cantina: un jaibol, una campechana, cuál de las cervezas o acaso un tom collins? Malas visiones, entre otras cosas porque la cantina todavía no estaría abierta, y si lo estuviera sin ningún cliente, tendría que hablar con José María de fut, que tanto me gusta, y a él también, pero no sabe, y por si fuera poco es partidario del Cruz Azul. En

la casa nadie, los únicos ruidos los del refrigerador y el ronroneo de los gatos. Me levanté con la esperanza de que Martina, mi mujer, se hubiera descuidado y por algún lugar encontrara un fondito de botella. Lo previsible: nada, absolutamente nada. Eso sí, para tentarme: una botella de Dos Equis. Me la hubiera tomado, a sabiendas de que después de hacerlo no me saldrían ni dos renglones. Yo necesitaba un chingadazo fuerte: aunque fuera ron. El repiquetear del teléfono me hizo creer que era una risa, una burla mecánica. Me pensé en contestarlo, ni siquiera iba a ser para mí, sino para Julia nuestra secretaria, cocinera, ama de llaves. Por inercia lo hice.

Era el representante del gobierno de Zacatecas. Andaban tras de mí desde semanas atrás, aunque no fuera creíble y no habían podido hallarme. Debía de estar allá el próximo miércoles. Nombró el hotel, la remuneración y mi participación, que sería mínima. Tardé en contestar, al fin dije que sí.

Martina no podría reprocharme: yo volvería con dinero, no daría ninguna molestia durante esos cuatro días fuera, y lo más importante ella se quedaría tranquila. Mi participación me mantendría ocupado día y noche. Con semejante cometido ni un trago, ni un coqueteo. Yo no escapaba de mis responsabilidades, para cumplir con ellas hacía el viaje: un verdadero sacrificio.

Casi como si fuera una máquina Xerox así salieron mis cuartillas, las que no me inmortalizarán. El martes, precisamente, a las diez y media de la noche estaba todo listo, incluyendo al mensajero que entregaría mis contribuciones.

El autobús que me recogería en mi casa no arribó puntualmente, en vez de llegar a las ocho estuvo a la puerta a las nueve y pico. El chofer se disculpó por la tardanza y me explicó que yo era el último. Al entrar la penumbra no me permitió reconocer a mis compañeros de viaje, deseoso de encontrar el asiento que me tocaba. El chofer no esperó a que yo me instalara, echó a andar el vehículo. Me sujeté de

uno de los asientos, cuando oí un bisbiseo y vi el gesto de una mano que me invitaba a acercarme: era Ricardo Caballero. Junto a él, el asiento de la ventanilla estaba libre. Se paró para que yo me acomodara.

—Esto que te sucede no es la casualidad. Supe que venías en «esta excursión cultural», fingí estar dormido. Por mi edad, ve mis canas, no me despertaron. Como si yo fuera un primerizo cometí un gran error, no pedí la lista de los participantes. Cuando vi subir a algunos me aterró. Le pedí al chofer la lista. Si no hubieras estado tú incluido ten la seguridad que me habría bajado. Pretextos no me hubieran faltado.

—No me pude dar cuenta de quiénes vienen.

—Ya te preparé, si no te hubiera dado un infarto, a pesar de lo joven que eres.

—¿Vienen mujeres?

—Si tuvieras seis meses de abstinencia no te echarías a ninguna, ni con amenazas de muerte. Están mejor ellos. Claro que en esas circunstancias.

Me acordé de una de sus respuestas, cuando desconcertó a cierta señora muy convencional, la que al inquirir: «¿Cómo está Herminia?» (la esposa de Ricardo Caballero), repuso: «Buena, pero hay otras mejores».

Me dio un acceso de tos. Él esperó pacientemente a que amainara el ataque.

—¿Qué estás muy necesitado de mujer?

—Ahorita, de ninguna manera —me arrepentí en el momento en que lo dije, pues Ricardo Caballero agregó: «Te dejaron venir ya vacunado, ¿verdad?».

—¿A qué te refieres?

—Mi querido amigo, no te hagas pendejo. Yo también fui joven. Y ése era el requisito para dejarme ir. Tú me contestaste con la verdad: «Ahorita», ya te veré en la noche, porque a tus años se repone uno en un abrir y cerrar

—de piernas.

—Te adelantas muchacho.

Nos reímos al unísono. Después sólo oímos el ruido del motor, y los cláxones.

—La muchedumbre duerme.

—Yo no dormí bien. Mis trabajos los terminé ya noche, y con la excitación.

—Porque ibas a cumplir tu tarea matrimonial a huevo.

—Ahora eres tú el que te adelantas.

—Si con eso me quieres decir que te vas a dormir un ratito yo también lo voy a hacer. Yo no dormí bien por razones totalmente opuestas a las tuyas: no debo cumplir con ningún débito matrimonial. Mis canas me sacan de muchos apuros.

Recargó su cabeza en el asiento. Yo hice lo propio y efectivamente estaba tan cansado que no me pude cerciorar si había fingimiento o en realidad dormía. Muy bien debe haber coyoteado como dos horas, pues al despertar estábamos adelante de San Juan del Río. Comentó Rico Caballero, que es como se le nombra: «No te quise alarmar, pero esta vez me olvidé de mis botellas de whisky. El chofer llegó antes de la hora señalada. No quise hacer esperar a esta triste muchedumbre que viene con nosotros, y salí despavorido. ¿Acaso tú traes algo?».

—La poca bebida que tenía me la terminé anoche. Si hubiera salido a esas horas Martina hubiera pensando no sé qué cosa.

—Es una mujer bien pensada: acierta.

—Conoces bien a las mujeres.

—Con una permanente basta. Pero dejemos estas pequeñeces, lo importante es saber cómo vamos a solucionar este problema.

—Dime quiénes vienen Rico.

—Ninguno tiene imaginación, con decirte que varios son del Colegio de México.

—Estamos perdidos.

—Perdidas las horas hasta que lleguemos a Zacatecas. No es que me preocupe por mi reputación, pero no me

atrevo a pedirle al chofer que se detenga. Según me dijo debemos llegar a determinada hora. Todo tiene que ser puntual. ¿No te entregaron el programa de las actividades?

—No me podían localizar. Acepté el lunes: es un milagro que esté aquí.

—Y a propósito ¿dónde estamos? ¿Por qué se detuvo el camión?

—Sé que estamos adelante de San Juan del Río.

Entonces vimos que los compañeros que iban en los asientos delanteros bajaban. Hicimos lo mismo. Observamos que todos miraban una gran llanta del camión ponchada. Espíritus contemplativos. Detrás de nosotros el resto de la comitiva. Tenía razón Rico Caballero: ambiciosos, frustrados y lo más importante: pretenciosos. Unos nos miraban desde sus atalayas de las torres de la Ciudad Universitaria, los otros desde la Torre de Picacho, allá rumbo al Ajusco. El chofer, instintivo, no les pidió ayuda, porque sabía que no se la iban a dar, en cambio se acercó a la carretera, mendigante. El campo seco, como nuestras bocas y gargantas, lejos, como a un kilómetro, una casucha, a donde distinguí, con mi miopía un anuncio de coca-cola. Intercambiamos miradas Rico y yo. Me acerqué al chofer: «Vamos allí, a comprar unos refrescos. No nos vayan a dejar».

—Pierda cuidado. Aun si encuentro ayuda «apropiada», tardaremos nuestro tiempesito. Vea usted que es la llanta interna —y como si yo no entendiera, explicó: «La de adentro», al tiempo que la señalaba.

Una cosa es desear algo y otra obtenerla. El primer obstáculo fue la carretera, si es apropiado el decir que los vehículos pasaban como «bóolidos», a ciento cuarenta kilómetros por hora. Vi desconfiado a Rico con su gran peso. Sensible a mi mirada, se justificó: «Ya estoy viejo». Yo no tenía ninguna salida, sino asumir que yo estaba gordo. Llegué a pensar que no cruzaríamos. Ni yo lo cuidé en la operación como viejo, ni él a mí como joven. El sol a pique, nuestras frentes sudorosas. Éramos una incongruencia los

dos Sanchos, él alto y gordo, yo chaparro y con mis buenas carnes. Allí nos vino la duda, que en distinta forma la expresamos. ¿Tendrían algo en la casucha estando tan jodida? Si Ricardo Caballero había venido de la provincia y había andado por terrenos abstrusos, lo había olvidado, era tan citadino y torpe como yo para andar en esos pisos, dije «pisos», recién arados. Como había leído aparecieron los perros de ranchos, ladradores y agresivos. Para nuestra ayuda apareció una campesina flaca, que se cubría el rostro con su escaso rebozo. Espantó a los perros, que por cierto obedecieron de inmediato. Era natural que nos viera con extrañeza con nuestra inusitada vestimenta, como si fuéramos inspectores. Rico Caballero con su agreste y ronca voz, intentó calmarla: «Se nos descompuso el camión. No hay quien nos ayude».

—Señor, el próximo taller está lejos. Mi esposo dice que son cinco kilómetros, a mí se me hacen más.

—Tenemos mucha sed —asentó Rico.

—El sol está juerte, muy juerte, señor. Yo aquí solamente tengo cocas. Están bien frías. El del hielo pasó muy de mañanita. Pasen y siéntense.

—Señora... —dejó Rico la frase en suspenso, la continuó en voz muy baja— ¿qué no tiene, algo más para acompañar las cocas?

—Sólo unos tacos de frijoles. El queso se acabó esta mañana.

—No queremos comer —repúsose Rico, aflojándose la corbata, acomodándose en un muñón de tronco a guisa de asiento.

No contestó, nos vio, midiéndonos de arriba para abajo, después dirigió su vista hacia el distante camión.

—Ustedes dispensarán. Nosotros no vendemos. No está permitido...

—Usted dice el precio —insinuó Rico.

—Tengo un poco de ron...

—¿Siquiera es una de esas de dos litros, de esas que les dicen «piernonas»?

Volvió a hacer la misma operación, esto es medirnos, ver el camión, para meterse en el jacal. Tanto Rico como yo dejamos de oír el paso de los vehículos, para aguzar nuestros oídos sobre las operaciones internas. A mí se me hizo mucho el tiempo. Escuché sonidos como si atizara un fogón, el rechinado de una cuerda, como si de ella pendiera una cuna. Los perros frente a nosotros atentos. Apareció. Repitió la operación de examinarnos, para decir, dirigiéndose a Rico: «Señor sólo tengo una botella entera y la otra empezada».

Rico y yo preguntamos, en total acuerdo: «¿De qué?».

—De Bacardí.

—Trato hecho —se me adelantó Rico.

Mientras la mujer se internaba de nuevo al jacal, vi hacia el camión: roda la caravana venía hacia nosotros.

La mujer no se aprovechó de nuestro desvalimiento: las cobró a un precio razonable, como un vaso de agua en medio del Sahara. Nos proporcionó una bolsa doble de plástico para que trasportáramos las botellas y una coca gigante. Apenas diez metros distantes de la casucha nos topamos con la caravana. Cortésmente nos saludaron, algunos resultaron ligeramente conocidos míos. Más de tres al dirigirse a Rico lo llamaron «maestro». Ninguno de éstos era del Colegio de México. La mayoría se fijó en la bolsa que cargábamos al alimón Rico Caballero y yo, con la mano desocupada les hicimos un gesto de que ya no había nada.

El chofer nos agradeció el trago de coca que le ofrecimos. Había terminado con el arreglo de la llanta; los ocupantes de un tráiler lo habían ayudado. Nos tocó oír los hasta luego, y ver, al otro lado de la carretera a nuestros compañeros, quienes portaban, cada uno, diferentes refrescos. Todos tenían prisa por meterse al camión. Rico y yo permanecemos abajo hasta que subió el chofer. Ocupé mi asiento. Rico se quedó de pie, y pronunció con su gutural

voz: «Un representante del grupo, para que distribuya esta botella».

Hubo un gran murmullo. El chofer que se había adelantado a la carretera suspendió la maniobra. Fue fácil distinguir dos grupos: el del Colegio de México y los otros. A uno de estos últimos le entregó la botella. Continuó el alboroto. Con una seña Rico me indicó que no les hiciéramos caso y nos preparáramos nuestras bebidas.

Antes de llegar a Aguascalientes en un pobladito se detuvo el chofer. Nos dio escasos diez minutos para que compráramos qué comer. Rico y yo cambiamos la media coca que nos restaba por otra bien fría. Nos agenciamos unos magníficos vasos de plástico y limones. A los nueve minutos el chofer tocó el claxon con insistencia. Hubo leves protestas. Nosotros no comimos, y no lo necesitamos.

Poquito antes de llegar a Zacatecas le eché un ojito al programa. No había respiro. Media hora nos dieron para arreglarnos. Tanto a Rico como a mí nos tomó diez minutos, y nos reunimos en el bar. Creo que señalé que todo estaba pagado. Apenas alcanzamos a tomarnos una. Impacientes nos arrearon a la inauguración, a oír infames discursos. De nuevo el acarreo a una aburrida cena, que se prolongó más de lo debido. Rico, tan hábil en esos menesteres, no pudo zafarse: le tocó en la mesa principal junto al gobernador. Después de que terminó la cena, pasada la una, todavía nos dieron un tour por la ciudad para verla en el esplendor de la iluminación. Yo la vi en entresueños. Al despedirnos Rico se quejó de nuestra imprevisión. Si hubiéramos traído una botella de whisky nos hubiéramos podido tomar las camineras. En realidad Zacatecas era una pinche ciudad de provincia. ¡No tener abierto un bar a las dos y media de la madrugada! ¡El colmo!

En la mañana hubo mesas redondas. Yo la mía la despaché pronto, Rico la terminó una media hora después, lo que nos dio tiempo de tomarnos unas «chelas» bien frías.

A las doce habíamos salido hacia el convento de Guadalupe para que descubriéramos las maravillas que contiene. Rico, más viejo y por lo tanto más avezado que yo, portaba una como cartera de cuero que colgaba en su hombro izquierdo.

A la vista del convento declaró Rico Caballero: «Tú, muchachito, has de estar muy ganoso de ilustrarte en el arte colonial. ¿No es así?». Por toda respuesta me reí, él continuó: «Ya veo que no eres partidario de andar en rebaño. Sé que te interesa el arte colonial, que quieres ser día a día más culto. No te preocupes, al llegar a México te prestaré una monografía sobre este convento. No verás a San Cristóbal tan grande, pero no te torcerás la cabeza, cuadros mal iluminados los verás perfectamente. No sigo. Además no tendrás necesidad de ir por el libro, yo te lo mandaré con el chofer».

—Me doy.

Nos esperaba un grupo de edecanes guapísimas. También estaba un grupo de jóvenes zacatecanos, todos aspirantes a escritores. Esperamos a que la caravana entrara. Los jóvenes atentos a nuestros movimientos, así principió a decir Rico: «Jóvenes compañeros, porque aquí todos somos poetas. ¿No es así?». Nadie contestó, siguió: «Todos ustedes conocen este convento de memoria. ¿Verdad que San Cristóbal tiene seis dedos en el pie derecho?». Se hizo un silencio, que rompió el balar de un atajo de cabras. «No se han fijado porque no han leído la monografía del convento por Marianita Ovando Barragán, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Yo les prometo enviarles una copia fotostática. Luego cambiaremos direcciones. A mi compañero y a mí nos gustaría más platicar con ustedes. Con toda seguridad deben conocer algún lugarcito apropiado. ¿Verdad?».

Pareció que les habíamos hecho cosquillas, como si fueran señoritas avergonzadas. Un muchacho de unos veinte

años, prietillo de ojos vivaces, dejó de reírse y de cambiar mirada con sus compañeros.

—¿No le hace maestro que sea la cantina de un «bul»? —

—No conozco cantinas para bueyes —celebraron el chiste. El prietillo no se amilanó. «Maestro sé que usted lo sabe, pero en caso de que no: aquí le decimos así a los burdeles. No vaya usted a creer que es la gran cosa».

—¿Se puede llevar qué tomar?

—Sí maestro, se les da una corta feria y todo se arregla.

A escasa cuadra estaba una casa de mampostería de dos pisos. En la parte inferior había un portalillo con varias mesas y nos instalamos. Ya para ese momento sabíamos que el prietillo se llamaba aliterativamente Miguel Moguel, el cual ya había desaparecido en el interior. Apenas sentados se levantó Rico Caballero. Supimos que tenía una necesidad noble y sentimental. Mi sed me hizo estar impaciente. ¿Qué tanto hacían allí adentro? Los muchachos no cesaban de preguntarme. Como si yo pudiera contestar todas. El ruido de entrechocar hielos me reanimó. Una muchacha flaca, muy flaca, con los ojos excesivamente pintados, traía una charola con vasos, refrescos y hielos. A la cual, era evidente, le molestaba la luz del mediodía, como si acabara de salir de una ratonera. Apareció primero el muchacho Miguel Moguel, cuando salió Rico extraía de su colgante cartera una botella de Chivas Regal: ¡jenterita! Vi el día más luminoso, la luz ya no escocía los ojos, hacía ver más claro, más nítidos los contrafuertes del convento.

Coincidió el finiquito de la botella con la emergencia de la caravana del convento. En un cortijo, nada distante, nos ofrecieron un banquete. Los muchachos no nos abandonaron. Estaban literalmente encantados con el humor de Rico Caballero, su aparente cinismo les divertía, y ante sus sarcasmos deliraban, obviamente tomando apuntes, perfecto modelo de conducta. A las cinco nos arrastraron a Zacatecas al hotel, solamente a que nos laváramos los dientes. Señal de que no me acuerdo qué se trató en la mesa redonda